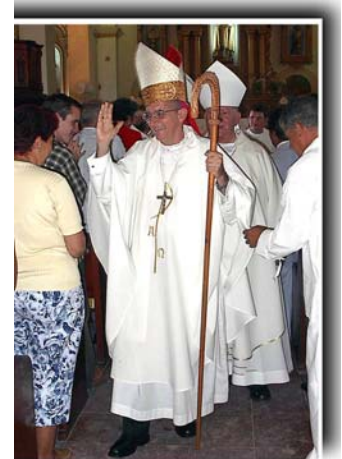


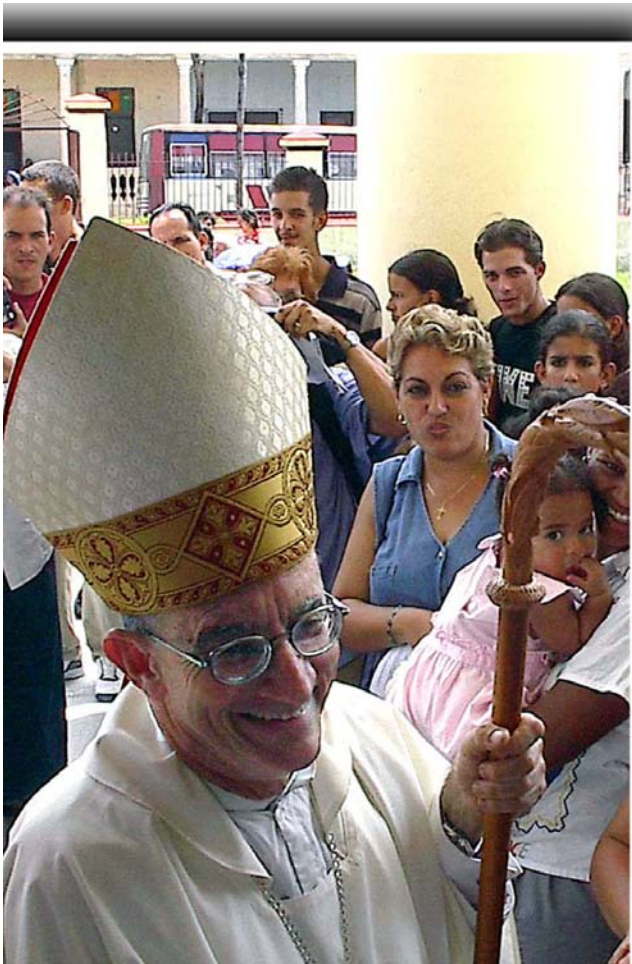


¡Alabado
sea Dios!
por el
sacramento
que acabo
de recibir.

*Monseñor
Manuel Hilario
de Céspedes
García-Menocal*



ORDENADO nuevo Obispo de Matanzas



El 4 de junio, en la Catedral de San Rosendo de la occidental diócesis de Pinar del Río, fue consagrado obispo Manuel Hilario de Céspedes García-Menocal, hasta entonces párroco de La Caridad, canceller y vicario general de la diócesis. El primer obispo cubano nombrado por el papa Benedicto XVI, una semana después tomaría posesión de su cátedra en la Catedral de San Carlos, Matanzas, poniendo fin al periodo de *sede vacante* iniciado en esa diócesis desde que, el pasado verano, falleciera monseñor Mariano Vivanco.

A las 10:00 a.m. comenzó la solemne concelebración, presidida por monseñor José Siro González, obispo de Pinar del Río, y concelebrada por varios obispos cubanos, entre ellos como co-consagrantes, el cardenal Jaime Ortega y monseñor Pedro Meurice, arzobispos de La Habana y Santiago de Cuba, respectivamente, y el obispo auxiliar de Miami, nacido en Matanzas, monseñor Felipe Estévez. Cerca de 80 sacerdotes de Pinar del Río, La Habana y Matanzas estuvieron presentes, así como centenares de fieles que colmaron el templo, incluida una nutrida representación matancera. Una hermana y un sobrino del nuevo Obispo, residentes en Miami y San Juan, respectivamente, viajaron a Cuba en esta especial ocasión.

La bula de su nombramiento fue leída por su hermano carnal y Vicario de La Habana, monseñor Carlos Manuel de Céspedes. Tras ser interrogado por monseñor Siro, monseñor Manuel Hilario de Céspedes

repitió públicamente la fórmula centenaria: “Acepto”.

En su homilía, monseñor Siro se dirigió de modo especial a monseñor de Céspedes y le expresó que el obispo debe ser “padre, hermano y amigo”, y se refirió a lo que llamó “el misterio del obispo”. “El misterio de un hombre como los otros hombres –dijo– pobre, débil, pecador, elegido y consagrado para una tarea altísima que desempeña no a título personal, sino en nombre y en lugar de Cristo”.

Una vez cumplidas las fórmulas del rito de consagración, en el que fue acompañado por los sacerdotes pinareños Miguel Angel Blanco y Juan Carlos Carballo, los demás obispos impusieron sus manos sobre el consagrado. Entonces le fue entregado el anillo episcopal, la mitra y el báculo, atributos del pastor. El nuevo obispo ocupó su lugar a la derecha del celebrante y recibió el aplauso sostenido de los presentes, tras lo cual, acompañado por los co-consagrantes, recorrió el pasillo central bendiciendo a la asamblea de fieles.

Antes de concluir la celebración, tanto monseñor Luigi Bonazzi,

Nuncio apostólico en Cuba, como el nuevo obispo de Matanzas, Manuel Hilario de Céspedes, se dirigieron a todos los presentes.

Monseñor Bonazzi recordó que “monseñor Manolo ha sido elegido entre los sacerdotes de Pinar del Río” y “los buenos frutos proclaman la buena calidad del árbol que los produce”, añadió, haciendo referencia al buen árbol que fructifica en aquella diócesis.

Por su parte, monseñor de Céspedes comenzó sus palabras recordando que una de las primeras expresiones que escuchó tras su llegada a Pinar del Río, en 1984, fue “alaba’o”. “Hoy lo he dicho muchas veces desde lo más profundo de mi ser”, dijo, y añadió: “Efectivamente, ¡alabado sea Dios! por el sacramento que acabo de recibir, el cual, a pesar de las insuficiencias mías, me ha incorporado al orden de los obispos, cuya cabeza es el Papa, y que sucede al colegio de los apóstoles”.

A continuación, más que esbozar un esquema sobre su futuro gobierno episcopal, monseñor de Céspedes evocó su certeza en “la mano de Dios” que le ha conducido hasta el presente, confiado en que le seguirá

conduciendo en la nueva misión de su vida: “He experimentado la mano de Dios a través de mis padres, ambos hoy en el cielo orando por mí. Ellos me llevaron a la Iglesia para ser bautizado y comenzar así mi vida...Como hijo de la Iglesia y a su servicio he vivido, y como hijo de la Iglesia y a su servicio espero morir”.

Evocó y agradeció del mismo modo a sus hermanos y otros familiares; a los Hermanos Maristas en cuya escuela de La Víbora, en La Habana, estudió; a las personas que conoció como estudiante universitario en Puerto Rico, donde descubrió su vocación sacerdotal. Añadió que “la mano de Dios” le acompañó en sus 12 años de servicio sacerdotal en el popular barrio del Petare, en Caracas, Venezuela; a través de la oración de las madres Carmelitas del Vedado; de la diócesis de Pinar del Río que “le abrió sus puertas”, primero a través de sus obispos Manuel Rodríguez Rosa y Jaime Ortega, y “desde el 15 de septiembre de 1984” –fecha de su establecimiento allí–, a través de las comunidades católicas de Minas, Santa Lucía, La Caridad y San Francisco de Asís, así como de los sacerdotes y religiosas de Pinar del Río, y de los obispos cubanos, con quienes compartirá un lugar en la Conferencia episcopal.

Por último, afirmó haber “experimentado la mano de Dios” de modo especial a través del Obispo pinareño, monseñor Siro, que ha sido “un regalo de Dios para mí...quien me abrió las puertas de su casa, su familia y su corazón, y es para mí el obispo, maestro, padre, amigo y hermano”. Concluyó sus palabras encomendándose a la Virgen de la Caridad para que ella le ayude “a ser un buen pastor”.

El nuevo obispo, nacido en La Habana el 11 de marzo de 1944, ha escogido como lema episcopal una exhortación de san Pablo a los Filipenses: “Para que avancen alegres en la fe” (Fl 1,25). Ω

Texto y fotos: Orlando Márquez

